



CAPÍTULO XII

DEL LUGAR DE LA HERIDA EN DIOS,
QUE ES EL CORAZÓN

SAN Agustín, libro *De Substantia Divinitatis*, explicando aquel lugar del Génesis donde dice Dios: *Pésame de haber hecho al hombre*, y esto apretado entrañablemente con dolor de corazón, afirma que el corazón del Padre es su Unigénito y consubstancial Hijo, el cual le dió un vuelco y le dolió cuando vió los pecados de los hombres, por los cuales fué como forzado á destruir con diluvio el mundo y enviar á éste su amantísimo y cordial Hijo, para que, hecho Hombre, hiciese penitencia por los hombres; y así parece que significa lo mismo: «Pésame de haber hecho al hombre», que «Yo haré penitencia por el hombre».

Conforme al espíritu de este divino doctor, bien podremos atribuir esta querella amorosa al Padre Eterno, el cual, vencido del amor del hombre, le dice: Robado me has, ó hechizado, ó herido mi corazón, esto es, mi querido y regalado Hijo. A lo menos, lenguaje es muy

usado llamar á los que mucho amamos *mi alma* ó *mi corazón*. Así llamó la esposa á su Esposo cuando dijo: Yo duermo, y mi corazón, esto es, mi Esposo, vela y me ronda la puerta. Pues ¿qué mucho es llamar el Padre Eterno á su Hijo (en el cual uno tiene su amor) su corazón, pues se atreve á darle este título un alma enamorada de Él? ¡Oh cuántas veces he oído yo lamentarse los padres y las madres de que las ha hechizado y robado sus hijos alguna mujer! Pues ¿qué otra cosa suenan estas palabras del celestial Padre sino esto? «Hombres, mirad que me lleváis robado mi corazón, mi Hijo y todo mi regalo; nunca tal robo se hizo en el mundo como éste». Muchos ladrones famosos hemos visto que han escalado palacios y robado grandes tesoros; pero tesoros como éste, en el cual dice San Pablo que están todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, ¿quién le hurtó? Mas ¿á qué propósito llamo yo hurto á lo que Dios dió de su voluntad, sin preceder merecimientos de ninguna criatura, ni de todas juntas? Porque cierto es que la Encarnación del Verbo ningún hombre la mereció ni pudo, porque es fuera de todo mérito. Con todo, se ha de llamar hurto, pero amoroso, porque le hizo el amor, ya que, vencido Dios del de los hombres, con infinita caridad (y, si de Él se pudiera decir, prodigalidad) voluntariamente nos dió tan grandes riquezas, que las tenemos y poseemos, y no lo acabamos de creer.

Admirado y atónito Nicodemus de oír tratar á Cristo del Misterio de la Encarnación, y cómo á costa de su sangre se había de remediar el mundo, para que dejase de admirarse y agradeciese tan gran misericordia, le dijo Cristo (1): «No te maravilles de que el Padre Eterno haya »dado su Unigénito Hijo al mundo, porque los »hombres le dieron hechizos y se lo robaron, y »herido de pies á cabeza se lo han de poner en »un palo». Y ¿queréis ver cómo el Padre bebió los hechizos del amor como el Hijo? Pues oid lo que de Él escribe el Apóstol á los de Éfeso (2): *Por la demasiada caridad con que Dios nos amó y quiso, envió su Hijo á la muerte para que nosotros vivamos por Él.* ¿Hase oído jamás tal cosa que diga un apóstol, que estuvo Dios demasiado en el amor del hombre?

Muy bien dijo un filósofo, «que querer tener modo en el amor, es querer, estando loco, usar de razón», lo cual implica contrariedad. Mira esto, alma mía, rúmialo con atención y agradecimiento. El que creó todas las cosas en número, peso y medida, en el amor tuyo excedió el número, peso y medida. ¡Bendito sea tal amor y tal Dios! Pero ¿qué quiere decir *demasiada caridad*? Caridad sin medida, caridad sin modo,

(1) Sic Deus dilexit mundum, ut filium suum Unigenitum daret.—Joan., 3.

(2) Propter nimiam charitatem qua dilexit nos Deus, Filium suum missit in mundum, ut vivamus per eum.—Ephes., 2.

caridad infinita. Grande fué el amor del Padre cuando te dió todas sus cosas; mayor cuando hizo que todos sus ángeles te sirviesen como ministros suyos; pero fué excesivo cuando te dió á su Hijo. Demasiado fué, por cierto, porque ni estaba en uso, ni se había visto, ni oído, ni pensado; y cuando se vió, con dificultad lo creyeron los hombres.

De los Apóstoles dice San Lucas que, tratando con ellos un día Cristo cómo le habían de vender, azotar, etc., *no lo entendieron* (1). Y así, una de las cosas que á mí más me declaran la grandeza de lo que Dios hizo por los hombres, es ver la ceguedad humana en entenderlo y el no creerlo los hombres cuando se lo dicen ni alcanzarlo cuando lo piensan. El Filósofo dijo, que la proporción que hay entre los ojos de la lechuga y el Sol, ésa hay entre las cosas muy altas y excelentes y nuestro entendimiento. De donde se infiere que, cuanto mayor y más excelente fuera una merced que Dios nos hace, tanto menos la alcanza nuestro entendimiento. De aquí es que, queriendo el Apóstol encarecer la majestad y grandeza del Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, dijo que mucho tiempo no le entendieron algunos ángeles (2); y así, cuanto yo veo que mayores entendimientos, no sólo con la lumbre natural, sino también ayu-

(1) Et ipsi nihil horum intellexerunt.

(2) Ut innotescant principibus et potestatibus.—Ephes., 3.

dados con las Escrituras y del mismo Dios (aunque no tanto como es menester), entienden menos el misterio de la Cruz sacratísima de Cristo, tanto entiendo más su grandeza y soberana dignación en padecer por nosotros. Que los gentiles y sabios del mundo, hombres de tanto juicio y letras, no sólo no entiendan este sacramento, pero que lo tengan por locura y necesidad, y que los escribas y fariseos, ejercitados en las divinas Escrituras, se escandalicen en oír decir que Cristo murió, me declara á mí la grandeza de este beneficio grandemente; pero, más que todo, la rudeza que se nos escribe de los apóstoles, gente que tanto conocía de la bondad y misericordia de Dios. ¡Bendito y alabado seáis, mi Criador; infinitas gracias os den todos los espíritus bienaventurados y todas las criaturas, pues hicisteis tanto por los hombres, que excedió su deseo y su esperanza, y su entendimiento no lo acaba de entender ni creer! No lo cree el Filósofo, porque lo que de Dios conoce es omnipotencia, sabiduría, prudencia y los demás atributos que en la fábrica de este mundo resplandecen, y de la bondad y misericordia vuestra, Dios mío, que os puso en la cruz, saben muy poco; escandalízanse los judíos porque las misericordias que leen en las Escrituras que usasteis con aquel pueblo vuestro, aunque eran grandes, no las hacíais á costa de vuestra sangre; no lo entendían vuestros apóstoles (que ha tanto tiempo que andan en vuestra compa-

ña), porque ese *Hijo del hombre* que les habéis dicho que ha de padecer, ése han ellos confesado por Hijo de Dios y Salvador del mundo. Pareceles que los ladrones deben ser azotados, los blasfemos escupidos, los necios mofados, los parricidas crucificados; pero el Unigénito Hijo de Dios, no pueden creer que haya de sufrir tantas injurias y afrentas; y así no entienden nada por no entender lo que las palabras suenan. Tales cosas hizo Dios por el hombre, que yéndole al hombre la vida en que Su Majestad las hiciese, le parece que no convino hacerlas. Vayan otros para entender la grandeza de esta merced á leer aquel encarecimiento de San Juan, que encarece la caridad de Dios por el don de Cristo Crucificado (1). Lean otros las consideraciones y filosofías del Apóstol en esta materia de la Pasión del Señor; que á mí esta rudeza de los apóstoles, esta ignorancia de los judíos, esta incredulidad de los gentiles, me muestra la grandeza, alteza y majestad de este misterio soberano.

¿Sabéis por qué sentimos poco de este beneficio y de los demás que nos ha hecho nuestro Señor? Porque los consideramos como cosa que ya pasó. Va mucho de considerar las cosas hechas, ó que se quieren hacer. Llevan os á ver el Escorial, aquella obra tan suntuosa y magnífica, hecha con tantas trazas y modelos; por curioso que seáis y lo queráis mirar despacio, se

(1) Joan., 3.

os irán por alto mil primores de la arquitectura, mil correspondencias y galas de aquel arte, y esto porque la obra está hecha, y no se estima tanto ni se mira tanto en ella. Pero si vos os hubierais hallado al trazar esta obra, y al hacer los modelos, no hubiera cosa que no supierais muy bien. Eso mismo digo yo de los cristianos; hallamos esta obra hecha, y pasamos los ojos por ella ligeramente, y pásansenos cien mil primores del amor divino; no echamos de ver cien mil galas de la caridad de Jesucristo y de la Sabiduría eterna. Los sagrados Apóstoles, que se hallaron al hacer la traza de la pasión de Cristo, mirando bien las particularidades de esta obra, no hallaban correspondencia entre Hijo de Dios y muerte, entre inocencia y azotes, Sabiduría del Padre y escarnios, blancura de la Cruz eterna y salivas. Como eran aún principiantes y rudos, no entendían que aunque Dios es un abismo infinito de todas las virtudes y perfecciones, á nuestro modo de entender, no tiene cosa más gloriosa y excelente que la bondad y misericordia, ni de que el mismo Dios más se gloríe y se honre. Preciándose, pues, Dios tanto de ser conocido y alabado de bueno y misericordioso, convino que hiciese alguna obra de señalado provecho para el hombre y trabajo suyo. Y no es inconveniente que manifieste para siempre la bondad, encubriéndose por poco tiempo la majestad, y que se encubra aquello que, á nuestro modo de entender, no es

tanto de estimar, para que se descubra lo que tenemos por más glorioso y excelente. Si tuvieseis un retrato muy hermoso cubierto con un velo, de manera que no se pudiese ver el rostro sin romper el velo, mucha razón sería que se rompiese el velo por que se viese el retrato, y que lo menos hermoso se rasgase para que pareciese lo más hermoso. De esta manera, la hermosura de la Bondad divina estaba escondida debajo del velo de la majestad; en cuanto la majestad estuvo entera, no sabía el mundo á cuánto llegaba su bondad; pero como se oscureció el resplandor de la majestad, por la salud del género humano; como aquella sacratísima humanidad de Cristo se rasgó con tantas heridas, luego las entrañas de la misericordia divina fueron conocidas. Lo cual admirablemente se declaró en la Pasión de Cristo cuando el velo del templo con que estaba cubierto el *Sancta Sanctorum* se rasgó de alto á bajo y apareció la hermosura del santuario que de antes estaba encubierta con el velo. De manera que, con daño de la una parte, se descubrió la hermosura de la otra, como hacéis en vuestros acuchillados, que cortáis la seda para que las cuchilladas hagan parecer la telilla de oro. ¡Oh quién tuviese ojos para contemplar dignamente á Jesucristo crucificado! ¡Y cuán hermoso está de dentro el que de fuera parece leproso! Todas aquellas heridas que hay en su cuerpo, ¿qué son sino cuchilladas dadas en ropa que de dentro están

mostrando otra muy más hermosa? De suerte, que la simulación de la majestad fué declaración y manifestación de la bondad, con lo cual ganó Dios tanta honra con los hombres, que vino á decir Isaías (1): *Revelarse ha la gloria del Señor*. Y los Apóstoles, después que descendió sobre ellos el Espíritu Santo, conociendo el misterio de la Cruz, llamaban al Evangelio donde la Pasión estaba escrita *Evangelio de la gloria de Dios*, y ellos tenían por suma gloria ser retratos de las llagas y Cruz de Cristo.

Juzguen este hecho de tan extremada caridad los sabios y prudentes del mundo, y verán si estaba Dios en Sí ó fuera de Sí cuando lo hizo. A lo menos, como dice un santo (2), nunca el demonio deja de querellarse de que en esta obra estuvo Dios demasíadamente apasionado por los hombres, y que fué obra de sola misericordia sin mezcla de justicia ni de verdad. Pero á esta injusta querella del demonio proveyó Dios muy con tiempo, y satisfizo cumplidísimamente, haciendo que hiciese primero un puro hombre lo que después había Él de hacer siendo Dios, para dar de esta manera un tapabocas al enemigo y ponerle silencio estrecho. Si no, decidme: lo que hizo Abraham con su hijo respecto de Dios, ¿no es lo mismo que hizo Dios con el suyo respecto de los hombres? *Toma* (dice Dios á

(1) Et revelabitur gloria Domini.—Isai., 40.

(2) Rupertus super Joan.

Abraham) *tu hijo*, no hija, *único*, no uno entre muchos, *querido* y no enfadoso, *Isaac*, que quiere decir risa, porque fué alegría de su padre y de su madre, no Ismael, que fué travieso y pesado, y ofrécamele en holocausto, y échale en un fuego para que se queme. En el hebreo dice: *Et ascendere fac eum in holocaustum*, esto es, abrázale para que suba todo á Mí resuelto en humo, de la manera que se suelen resolver los holocaustos. Duro precepto; mas veamos lo que hizo Abraham en este caso tan extraño. Aunque dificultoso y grave el mandamiento, no se descuidó en cumplirle: levantóse de mañana como si fuera á casar su hijo, adereza un jumento, toma consigo dos criados, y su hijo Isaac; vase al monte, lleva leña, maniata al primogénito, échale encima de ella, desenvaina el cuchillo y alza el brazo; pero estórbale el ángel la ejecución de su voluntad. ¿Quedó sin fruto tan grande obediencia? No por cierto. Por Mí mismo he jurado, dice Dios, porque hiciste *esta cosa* (no parece que halla Dios nombre á este hecho), porque hiciste esta cosa, ¿qué cosa? Porque no perdonaste á tu hijo por Mí, yo te doy mi bendición cumplidísima, etc. ¿A qué pensáis que queda obligado Dios por este juramento? A hacer por Abraham lo que Abraham hizo por Él, no sólo de misericordia, sino de justicia: á sacrificar en el Monte Calvario á su Unigénito Hijo, como él sacrificó (á lo menos *in voto*) el suyo en el Monte de la Mirra, que esto significa

Moria, adonde fué edificado el templo de Salomón, y donde casi todos los judíos afirman que Caín, Abel y Noé ofrecieron sacrificios. De manera que ya no es sola misericordia el dar el Padre Eterno á su Hijo, sino justicia y verdad, y cumplimiento de su palabra, la cual dió á Abraham, que en su sucesión serían benditas todas las gentes, lo cual no es posible entenderse á la letra de Isaac, sino, como dijo San Pablo de Cristo, que, según la carne, descendió de Abraham. Y parece que fué este hecho ensayarse Dios en lo que había de hacer, y tapar la boca á los que dijese que había estado demasiado en dar su Hijo, con ponerles delante lo que por su amor hizo un hombre; como si dijera: mucho es que dé Dios su Hijo para que muera por los hombres, grandísima caridad, y que parece prodigalidad; pero hombre hubo que hizo otro tanto por el gusto de Dios; sólo que Abraham daba su hijo por Dios, que era su amigo, y Dios el suyo por el mundo su enemigo. Y ése es el encarecimiento de Cristo, que dijo: *Así amó Dios al mundo, que le dió su Unigénito Hijo*. En persona de Cristo, dice San Crisóstomo á Nicodemus: No te maravilles, letrado, de que te haya dicho que conviene que Yo sea ensalzado en la cruz para que vosotros os salvéis, porque así le ha parecido al Padre, el cual de tal suerte os ha amado, aunque siervos é ingratos, que vino á dar su Hijo, siendo verdad que nunca nadie espontáneamente por su amigo ni por algún justo

lo hizo. *Apenas se hallará quien muera por un justo* (1) que muere sin culpa; mas, por un bueno que con beneficios obligó á su amigo, podría ser que se hallase quien hiciese esto. Si no, decidme: ¿cuántos justos y aun buenos padecen, y no hay quien con su vida ni aun con su hacienda los libre de la muerte? Y, no obstante, muere Dios por los injustos y malos, que es la mayor recomendación que tiene ni puede tener la caridad de Dios. Lo cual saca el Apóstol con palabras de gran sentimiento de las ya dichas. «Encomienda mucho su caridad Dios, porque siendo aún enemigos suyos por espacio de tres días, quiso que su Hijo estuviese muerto por nosotros» (2), como si dijera el Apóstol: no había cosa en los hombres que incitase á Dios á que les diese su Hijo para que por ellos muriese, y muchas para que los echase en los infiernos; eran al fin enemigos. Y así, aquella palabra *commendat* se ha de pesar mucho y revolverla en el alma con sentimiento, porque dice un peso de amor infinito, y que en sólo Dios se puede hallar. Hablando con los de Efeso, dice (3): «Aquel

(1) Chrysostomus, hom. 26 in Joan.—Vix enim pro justo quis moritur, nam pro bono forsitan quis audeat mori.—Rom., 5.

(2) Commendat autem charitatem suam Deus in nobis, quia cum adhuc inimici essemus Christus pro nobis fecundum tempus mortuus est.—Rom., 5.

(3) Deus qui dives est in misericordia, propter nimiam charitatem suam qua dilexit nos, cum essemus mortui pecca-

»gran Dios, rico de misericordia con el demasia-
 »do amor y caridad con que nos amó estando
 »muertos en nuestros pecados, nos dió vida por
 »Cristo, por cuya gracia fuisteis salvos, é hizo
 »que resucitaseis juntamente con Él y tuvieseis
 »asiento en el Cielo». No hay pecho en el mundo
 donde se pudieran hallar tales riquezas como
 las que se hallaron en el de Dios. En los pechos
 de los hombres, lo que se allega y atesora y de
 lo que están ricos es de ira y furor, enojo y ven-
 ganza; pero, en el de Dios, lo que se halla es
 misericordia, amor y caridad.

Nota Santo Tomás (1) que la caridad de Dios es
 la causa de todos nuestros bienes, porque amar
 propiamente es querer bien para alguno; y como
 la voluntad de Dios sea causa de todas las co-
 sas (2), de aquí nos proviene todo el bien de que
 Dios nos quiera bien y nos ame. Esta caridad
 de Dios para con los hombres se muestra ser
 grande por cuatro circunstancias que se hallan
 en las palabras de Cristo á Nicodemus. Lo pri-
 mero de la persona que ama, que es Dios in-
 menso y eterno, infinito é incomprensible. Lo
 segundo de la cosa amada, que es el hombre
 carnal, nacido y criado en pecados. Lo tercero,
 de la grandeza del don. Porque por este camino

tis, convivicavit nos in Christo, cujus gratia salvati estis,
 et conresuscitavit, et consedere fecit in caelestibus. Ephes., 2.

(1) B. Tom. sup. Joann.

(2) Sap., 11.

se descubre el amor, como dice San Gregorio.
 Mirad lo que nos dió, y veréis lo que nos ama
 su Hijo Unigénito, natural, consubstancial y no
 adoptivo, contra Arrio, que con boca sacrílega
 decía ser criatura el Hijo de Dios, porque, si lo
 fuera, no pudiera declararse y mostrarse en ella
 grandeza del divino amor. Y que mucho hiciera
 Dios en dar, para redención del Universo, un
 hijo adoptivo, pues tantos millares ha entrega-
 do al cuchillo sin este tan admirable y soberano
 fin, y no nos lo zahiere como habernos dado á
 Cristo. ¿Qué hacía en dar un ángel de tantos,
 si hubiera de ser para bien de todas las criatu-
 ras, como lo fué darnos su Hijo? No declarara
 amarnos infinitamente, aunque nos diera todos
 los ángeles, lo cual ha querido Él que los hom-
 bres entiendan, pues la dádiva era limitada y
 finita, ni se pudiera estimar en más el amor de
 Dios que lo que pesaba el don; y como el don
 era limitado y finito, luego el amor lo pareciera,
 ni había para qué recurrir Cristo al amor de su
 Padre, para que Nicodemus dejara de admirarse
 cuando le viera en un palo, si fuera hombre puro
 ó ángel, pues no fuera el primer hombre que
 veía morir crucificado. Pero como el don era in-
 finito, recurre á la fuente de donde manó, que
 es la caridad infinita de Dios, y dice: Así amó
 Dios al mundo que le dió su Unigénito Hijo.
Suyo, dice, y *Unigénito*, que no tiene más que
 uno natural y consubstancial, y en Éste tiene
 puesto todo su amor. *El Padre ama al Hijo*, dice

San Juan, y todas sus riquezas le franqueó y manifestó (1).

Sácase lo cuarto la grandeza del don por la grandeza del fruto que con esta dádiva se siguió á los hombres, que fué granjear por Cristo la vida eterna, la cual nos adquirió por su pasión y muerte de cruz. Divinamente dice Crisóstomo (2): «¿Hay caridad que pueda compararse á la de aquel Señor que entregó por nosotros su Hijo? Nosotros vemos padecer al pobre, y no osamos tocar á las riquezas: Dios no perdona á su Hijo por la salud de sus enemigos; nosotros tenemos grande cuenta con guardar los vestidos preciosos y en andar bien aforrados, y el Hijo de Dios anda descalzo y desnudo por nuestro amor». Galanamente dijo San Fulgencio: Gran misterio, carísimos, grande argumento de caridad divina; el hombre, menospreciando á Dios, se apartó de Él, y Dios, amando al hombre, se vino entre los hombres y amó al pecador para hacerle justo, amó al enfermo para sanarle, amó al perverso para darle rectitud, y amó al muerto para vivificarle; y ¿qué más se puede

(1) Pater diligit filium, et omnia demonstrat ei.—Joan., 5. Ut omnis qui credit in ipsum non pereat, sed habeat vitam æternam.—Joan., 8.

(2) Quæ quæso charitas ei conferri potest, qui filium suum pro nobis tradidit? Et nos pecuniis parcimus, ut pauperem sublevemus; ipse, ut inimicos salvet, proprio Filio non pepercit. In vestes recondimus preciosos, et ornatui indulgemus, et Filius Dei pro nobis nudus incedit.—Chrysost. in Joan.

decir, pues que el Unigénito Hijo de Dios, de tal manera amó la naturaleza humana, que no sólo la libró del demonio, sino que la juntó y unió consigo hasta ponerla á la diestra de su Padre? Por lo cual dijo (1): *Yo vine para que los hombres tengan vida y abunden en toda riqueza.* ¡Oh, con cuánta razón dice el Padre: heriste mi corazón, ó robaste mi corazón, ó hechizaste mi corazón! Porque si se mira lo que hizo Cristo por el hombre, más parece estar fuera de Sí que en Sí. ¿Qué otra cosa significan aquellas palabras del Apóstol: *Qui cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est, esse se æqualem Deo, sed semetipsum exinanivit formam servi accipiens?* *Exinanire*, propiamente significa vaciar ó menguar; y *exinanitus*, vacío ó menguado. Pues ¿qué querrá decir San Pablo cuando, hablando del Hijo de Dios, tan bueno como su Padre y en todo igual á Él, no por hurto ni rapiña, sino por natural generación, le llama menguado, ó que se amenguó y agotó? Que pudo tanto con Él el amor de los hombres, que siendo Dios, por ellos se hizo hombre, y ocultó de tal manera la majestad y grandeza de Hijo de Dios en el hombre, que fué juzgado de los hombres por solo hombre. Una nuez se llama vana si le falta el meollo y tuétano que naturalmente ha de tener; y un hombre, si le falta lo que es propio de hombre, ¿cómo le llamaremos sino vacío y vano?

(1) Joan., 10.

¡Oh Cristo mío!, ¿quién te mirará en un palo sin lumbre de fe, que no te juzgue por desvanecido, vacío, vano y menguado? Porque de tal manera escondiste los títulos honrosos y de gloria que como á Hijo natural te competían, que aun hombre no pareces. Isaías dijo estar tan escondido lo que era de Dios y lo que era de hombre, que ni fué conocido por Dios ni por hombre (1). En los *Cantares* le llama la esposa *manojico de mirra ó aligamentum guttæ*; gota es una cierta resina de un árbol como mirra, amarga al gusto, pero de muy lindo olor y muy provechosa contra la corrupción y gusanos. *Aligamentum guttæ*, pues será trapito de gota, gota ceñida y apretada. ¿Qué más agotado y aniquilado que está en la cruz? Aun de verle ceñido en la cena, se pasma Pedro y queda como fuera de sí. El profeta Isaías dijo que eran los hombres en la reputación de Dios como gotas y como la nada (2). Y en diciendo la grandeza de Dios, añade luego: *¿En qué figura y forma pondréis á este Dios tan poderoso y tan grande, que todo lo que es, es como si no fuese, y todas las gentes como las gotas del agua que caen del cielo?* En aquella, por cierto, en que Él nos ponía á nosotros, le

(1) Quasi absconditus vultus ejus et despectus, unde nec reputavimus eum.—Isai., 53. *Cant.*, 1. Isai., 40.

(2) Ecce gentes quasi stilla situlæ, et quasi momentum stateræ, et quasi nihilum et inane reputantæ sunt. Cui ergo similem fecistis Deum, aut quam imaginem ponetis ei?—Isai., 40.

puso á Él el amor, en forma de gota y de nada, agotado y aniquilado. ¡Oh extremada caridad la del Padre en darnos al Hijo, y del Hijo en haberse así aniquilado por nosotros! ¿Quién no se pasma y sale de sí considerando tal amor? Quien no se pasma, descorazonado y desalmado es; quien no se admira, necio es; y quien no se estremece, insensato es. ¡Oh caridad paterna, digna de ser amada! ¡Oh dignación del Hijo, digna de toda admiración! ¡Oh salud de los hombres, digna de toda estimación! ¡Dime, alma mía, si el beneficio hecho por un particular y plebeyo hombre, aunque lo haga con tibieza, lo recibes y agradeces; si amas á quien te ama, colige de aquí, no como ciega estimadora de las cosas, sino como prudente y discreta, cuánta obligación tienes de amar á este Dios tan enamorado tuyo, que con tan extremado amor te hizo tan grande beneficio! ¿No está llano que si el Rey nuestro señor, no digo yo que te diera su Hijo por tuyo, ni á sí mismo por tu salud y remedio, sino que sólo se acordara de ti y te enviara sus saludos ó una niñería como memorial de que te quiere bien, te ocuparas todo en sus alabanzas y te aficionaras á él y trataras de servirle con veras? ¡Oh Dios mío, Rey de los reyes y Señor de los señores, Señor de majestad inmensa, cuán digno sois de que yo os ame, sirva y reverencie y cante vuestras alabanzas, pues no solamente me enviaste saludos de palabra, me diste niñería y cosas de poco valor, sino que con amor

infinito, con caridad inmensa, después de muchos saludos me diste la mayor dádiva que tuviste y pudiste, don preciosísimo, dádiva perfecta, á vuestro Unigénito Hijo digo, y con Él todas las cosas, y de tal suerte me le diste, que se hizo como gusano y no hombre, oprobio de los hombres y abatimiento del pueblo! ¿Quién consideró tales cosas que no amó? ¿Quién las pasó por la memoria y no se derritió en amor de Aquel que las hizo? ¿Hay alguno que, oyendo lo que Dios ha hecho por su Esposa, no confiese que está herido y hechizado y fuera de sí por Ella? Verdaderamente ninguna otra ganzúa fuera bastante á abrir aquellas entrañas de Dios, que, como lloraba Isaías, estaban cerradas, sino la del amor. Éste las abrió, y robó al Hijo, hirióle, hízole su prisionero, enfermóle y púsole en la cruz, y así le abrió con la dura lanza el pecho por de fuera para que se viese la herida de su corazón; y como había dicho, siendo Dios, á solas *herísteme*, lo pudiese decir siendo Dios y hombre, pues está en la cruz herido y muerto por el hombre.



CAPITULO XIII

DEL INSTRUMENTO CON QUE CONFIESA DIOS
HABER SIDO HERIDO DEL ALMA SU ESPOSA

VA que habemos visto á nuestro Dios herido, con todos los accidentes de amador heroico y verdadero, quedanos saber el instrumento con que le hirió su esposa, y le hieren las almas que tratan y comunican con Él, porque no es sola una herida la que tiene, sino muchas. *Vulnerasti cor meum, soror mea, sponsa, vulnerasti cor meum*. Dos veces confiesa que le hirió, y tantas cuantas quisiéremos le heriremos, si con el ojo que le miró la esposa le miramos. *In uno* (dice) *oculorum tuorum, et in uno crine colli tui*.

Diversos autores he leído, y apenas he hallado dos que convengan en esto, que es en declarar qué ojo sea éste tan poderoso que, estándose Dios en su Reino, con un simple mirar le hiera y robe el corazón. Algunos dicen que este ojo es la fe de los Santos, no porque el mérito de ella iguale con la grandeza del beneficio de nues-